

Ya la nieve corona su cabeza:
 Ya su alma siente la letal tristeza
 Y ha recibido desengaños mil.
 Muerto á las ilusiones de la vida
 Yace su corazon atribulado:
 El amor, la amistad le han traicionado
 Y solo halló que el mundo era muy vil.

Vea vd. si no aquel que atraviesa ahora la calle es un muchachito de doce años de edad; pero en esa corta carrera ha sufrido tantas decepciones, ha sido tantas veces juguete de la fortuna, que el *hastio*, el *desencanto*, la *desilusion* fueron *matando sus creencias* lo mismo que si estas fueran perros y erenos aquellas bichos, y el poeta causado de la vida, sin fé, sin amor, sin cosa que lo valga ¡porqué vivir! Y el día ménos pensado toma una pistola, se planta una bala en el cuerpo y muere recitando versos en que aborrece al mundo y se marcha con la risa en los lábios:

En pos de un mundo mejor
 Donde ni hay amigos pérfidos
 Ni es burlado nuestro amor.

Si además del traje mal pergeñado ve vd. que lleva un mozalvete bigotes retorcidos, cabello corto y mirar burlesco, es también hijo de Apolo, pero ese pulsa el estro de Juvenal, de Bulleau, de Quevedo. Es poeta satírico, aunque muchas veces tiene que explicar en que consiste la sátira de sus versos.

Aquel señor cuya cabeza está entre dos luces es decir en la hora crepuscular, un autor de varias obras dramáticas en verso, pero aunque ellas le han dado mucho nombre nada valen al lado de una composición fúnebre, horripilante, estupenda que hizo el día que se vió

solo en el mundo, sin sus ángel tutelar y atravesando el desierto de la vida. El dolor que sintió fue tan intenso que no pudo ménos de esclamar:

Te vas, te vas, y el llanto que derramo
 No te conmueve cara Manolita?
 ¿Cómo dejas tu casa tan solita?
 ¿Cómo quieres que viva sin la que amo?
 No te vayas, Manola, y te prometo
 Tu pelon á quien tanto has adorado,
 Nunca apartarse de tu hermoso lado
 Y á tus piés ocupar siempre un tapete.
 Mira á tus peloncitos que te piden
 La leche, el atolito, la sopita
 Si tu te vas, mi tierna Manolita
 Tus hijos y tu esposo de la vida se despiden."

¿Puede espresarse mejor el sentimiento? Esperaba vd. hallar tanta sublimidad, tanta elevacion en un viudo? Pues así encontrará vd. muchos que escriben mas versos, que un candidato para el congreso boletas de eleccion. Y si lo quiere vd. creerme pregunte á los periodistas cuantas veces tienen que esconder el bulto para librarse del asedio que les ponen todos los poetas que cada dia llevan una resma de papel horrajeada con el nombre de *ensayos poéticos*. No hay un solo enamorado que no crea de rigor escribir á la dulcinea en renglones desiguales, y que no entienda que para mayor honra y gloria de ella deben salir en los periódicos. Hace el oso? pues versos al canto y á publicarlos. Están de monos! Pues sobre la marcha unas liras, y allá van á la imprenta. Dijo que sí? dijo que no? dijo que lo pensará? Pues todo esto pide sendas composiciones y *un lugar en las columnas de su bien acreditado diario*.

Verdad es que nunca publican tales cosas y despro-

pósitos de su espontánea voluntad, sino que siempre son rogados como los testigos, comprometidos como los ministros cuando renuncian y se les hace seguir: el amigo fulano, el señor sutano, la señora de mas allá, son los que hacen que ese genio luzca y salga de la oscuridad en que su modestia le aconsejaba vivir. Y una vez que pillan al infeliz redactor y le pueden embocar los perversos, adios tranquilidad de este, adios reposo: todo es interrumpido por el enamorado vate que le persigue dia y noche y que le pone mas espías que la policia á un sospechoso: todo para que cuanto ántes vean la luz los versos, porque el amigo, el señor y la señora dicen que él, el poeta, es el que se niega á sus deseos y no quiere obsequiar sus repetidas instancias.

Y al dia siguiente de la publicacion van el señor, la señora y el amigo, y le dicen al pobre periodista que se ha burlado del público, y del autor, y de sus personas por haber dado en su papel una composicion tan chavacana, tan ridícula, y haber estampado en la dedicatoria el nombre de alguno de ellos, y hay allí mas dimes y di-retes que en casa de vengidad.

Pero los poetas no se desaniman. Siguen impávidos el camino de la gloria; y como nunca faltan tontos que elogien, ni viejas que comprometan con su *album* á las expansiones de un genio, ni circunstancias que obliguen á poetizar, ni convites en que sean de reglamento los brindis en verso, ni fea que no quiera la llamen hermosa, ni grande hombre que le pese que le llamen mas grande, ni coqueta que no busque el elogio de su virginal pureza, he aquí que los poetas se multiplican aun mas que el tibico, y pululan todavia mas que las ranas y los pescados en los hermosos canales de esta nueva Venecia. Aquí todos son genios; todos son vates, todos son cisnes, y este último es lo único que creo á puño cerrado porque gran que es una bendicion de Dios.

Cuidado como les manifiesta vd alguna vez el deseo de conocer alguna de sus composiciones, porque con la mayor inhumanidad del mundo le echarán encima unos cinco millones de versos que hicieron en sus ratos de ocio á la ausencia de su amada, á su vuelta, á su desden, á su amor, á su memoria, á su sueño á sus desvelos y hasta á sus pecados capitales. Y si empiezan á recitarlos, bien puede vd. darse por muerto, porque no le perdonan ni una coma, ni una admiracion, ni los puntos suspensivos; sobre todo estos últimos que son, por decirlo así, la sal con que dan sazon á sus guisos pindáricos.

Llegamos á mi posada. Mis amigos se fueron, y yo en el acto me puse á escribirte pero no pudiendo hacer nada, lo dejé para hoy que mi cabeza no poetiza ni tiene pretensiones mas que á la humilde prosa. Hasta otra vez.— *Caralampio*

Méjico, 19 de Marzo de 1859.

Mi cara mitad: Aun no volvía del aturdimiento que me causaron los numerosísimos versos que escuché el otro día, y aun no acababa de saborear la ambrosia de que se alimentan los hijos del Parnaso, cuando recibí una esquila de convite que me proporcionó uno de mis amigos, para que esa misma noche me presentara en casa del Sr. D. Cecilio Stromboni, donde había un *soirée musical* en que iban á tomar parte muchos y muchas jóvenes *dilettanti* para matar un poco el fastidio. Yo, que no deseo otra cosa, sino el ir á todas partes donde considero que puedo recibir instruccion, lima y pulimento, para á mi turno comunicarte á tí esos *regueros de luz*, en el acto comencé á emperifollarme, sabiendo por propia experiencia cuánto vale el llevar la mejor ropita que

se posee, y de cuanta necesidad es presentarse como mediecito nuevo en las casas de tono de esta nobilísima ciudad. Así es que di lustre á mis zapatos hasta dejarlos tan relumbrosos como cara de coqueta: cepillé mi levita hasta que quedó como cabeza de sabio, esto es, sin pelo y sin mancha: alisé mi sombrero hasta dejarlo con una redondez y brillo como el de ciertos animalitos que chupan la sangre de las arcas públicas, y me calé unos guantes que me dejaban los dedos sin movimiento, pero demasiado prolongados, merced á las uñas exageradas que me han obligado á dejarme, como si fuera aprendiz de escribano.

Una vez acabado mi tocador aguardé á mi amigo que se fué apareciendo á las nueve de la noche, esto es, cuando ya cansado de esperarlo y temiendo se le hubiera olvidado pasar por mí, me disponía á abandonar mi aderezo y zambullirme en la cama sin ceremonia. Cuando le manifesté mi sorpresa por su dilacion se echo á reír de mi ignorancia y me esplicó que á esas reuniones nunca se iba temprano, tanto porque siempre empiezan tarde, cuanto porque sería de pésima elegancia el ser puntuales. Nos pusimos en marcha y llegamos á casa de D. Cecilio cuando estaban aplaudiendo furiosamente una aria que acababa de cantar una jovencita de treinta años, y que desde su mas tierna edad habia tenido una verdadera pasion á la filarmonia.

Apénas habia lugar para entre las cortinas de un balcon pudiéramos estar de pié; pues aunque éramos convidados con billete personal, ni la sala era capaz de contener sino á la cuarta parte de los que allí estábamos, ni habia sillas bastantes puesto que cada una de las señoras ocupaba tres, ni hubo una alma de camueso que nos ofreciera un lugar por mas pequeño que fuera. Necesario fué permanecer como las grullas, á ratos en un pié y á ratos en otro.

Lo primero que llamó mi atencion fué que, á escepcion

de mi compañero y mi individuo, todos los concurrentes eran cantantes ó tocantes, ó como ellos se decían, *dilet-tanti*, cuya significacion me ví en la necesidad de pedir á mi vecino. Este me vió de arriba á abajo, se detuvo un buen trecho en mi cara bonachona, y luego dió la vuelta sin decir *oste ni moste*, lo que me quitó la gana de volver á preguntar otra cosa.

Pasada la tempestad de aplausos y cuando la calma renacia un poco, el *maestro al cémbalo* ó como si dijéramos el pedagogo, dió la orden con su *batuta*, que viene á ser el baston de mando, y en el acto se empezó una brillante sinfonia que sirvió de preludio al canto de una niña y un niño: este gritando gorlo y aquella chillando delgado, dijeron un duo de cierto autor italiano cuyo nombre se me ha olvidado. Uno que se acercó á nosotros nos dijo que el *bazzo-soprano haria fiasco* si no era sostenido por los trinos de la *contralti* que sin duda servia y bastaba para *prima-donna*, en cualquier teatro de Europa. Oigan ustedes nos decía lleno de entusiasmo, que *trémolos* y que *cromáticos*! Dival! Brava! Bravísima! Al oír tales exclamaciones no pude ménos que acurrucarme en mi rincón y en volverme, como Vénus, en la nube de las cortinas, porque te confieso que tuve miedo de que aquella niña en su bravura embistiera á todos los presentes y lo pasáramos mal; pero mi amigo, mas conocedor del terreno me calmó y se tomó el trabajo de explicarme que aquello era un modo peculiar de los inteligentes para aplaudir á los que lo sabian hacer.

Por mi parte, confieso que aunque mi oído está bastante domesticado con los berridos del cantor de nuestra parroquia, lo sentia despedazado y punzado dolorosamente por las chillonas armonias de aquella *prima-donna* en proyecto. Por lo que mira al *bazzo-soprano* únicamente podré decirte que hubiera preferido oír dos bramidos de nuestro ternero, y que sin duda estos ha-

brian sido mas acordes que los del cantante en actual servicio.

De allí á un momento acabaron uno y otro su tarea, y entiendo que bien fatigados, porque las contorciones y manoteos que tuvieron que ejecutar, bien pudieran ser bastantes para dar con ellos en la cama de puro molidos: principalmente el varoncito, inclinaba el cuerpo, y cuando decía *il mio cor* se daba tales golpes de pecho, que ni en un acto de contricion á tiempo de un temblor de tierra, habrian sido mayores. Cantaba con la boca, con los ojos, con los brazos, con las piernas, con todo el cuerpo, y todo eso era aplaudido mas que el desestanco de tabaco por los cosecheros.

Los que eran espectadores comenzaron á hablar en el acto de la música, y te confieso que me quede en ayunas de mas de las siete octavas partes de lo que dijeron; porque es necesario ser muy perito para comprender ese dialecto propio de las personas filarmónicas. ¡Cómo diantres quieres tú que yo sepa italiano bárbaro que es el idioma comun de que se valen esos señores! Si muchas veces apenas me mal esplico en el idioma de mis padres, lo cual nos sucede á muchos, vaya vd. á echarse á aprender una lengua que no está escrita, y para la cual no hay diccionarios ni gramáticas.

Porque no te canses, hay italiano, es cierto, y buena prueba tenemos en los muchos fabricantes de muñecos de yeso que luego nos venden imitaciones de Cánova y de Miguel Angel; pero no es el idioma que hablan los cantantes, porque como solo han aprendido lo que dicen los papeles de música con una ú otra palabra cuyo sentido comprenden, forman un guso que bien pudiera rivalizar con la ponderada olla podrida.

Y luego, como todo lo quieren esplicar con términos facultativos, y cada cual entiende á su manera, ni el mismo diablo puede darles alcance. Sin ir mas léjos, en la casa donde estábamos, uno de los concurrentes

dijo que la *soirée musical* había sido deliciosa, y al mismo instante le replicó otro, que no podía dispensarse de advertirlo, *sotto voce*, que aquello no había sido *soirée* sino *concertino*, y de allí á un momento ya ninguno de los dos se podían entender, y cuando les llegó su ocasión de cantar ya no *estaban en voz*, y fue necesario quedarse sin disfrutar de la armonía de esos dos caballeros.

Un otro que estaba por allí no quiso que nos contentáramos con un solo concierto, sino que cuantas veces se tocaba ó se cantaba, él tenía la complacencia de darnos gratis una segunda edición de la fiesta, repitiendo ó acompañando la *vocalización* y llevando el compás con el tacón de su bota y la punta de su bastón; y para que nada nos quedara por desear nos traducía, con la misma exactitud de un *libretto* la letra de las *cavatinas*, *romanzas*, *duettos* ó *arias* que se *ejecutaban*.

No hay duda, hija mía: el talento músico está aquí desarrollado tan prodigiosamente que hay pocos muy pocos sin exajeración, que no te repitan toda una ópera con la mayor facilidad; y eso lo he notado no ahora, sino desde que tuve días atrás la feliz inspiración de colarme al gran teatro nacional para oír á la Volpini, á la Tomassi y Ottaviani. Estos pobres artistas han echado un viaje enteramente inútil, porque cuando ellos estaban sfnados en su canto y poniendo sus cinco sentidos en el apuntador y en la orquesta, en el patio había á docenas que cantaban tan alto como aquellos, y quizá mucho mejor; á lo menos así debe creerse, puesto que tanto empeño tienen en lucir y ser escuchados.

En casi todas las casas hay piano, y aunque cada mes necesita curación, y amputaciones y suplementos de miembros, sirve no obstante para que las niñas y los niños hagan mas ejercicios que los padres de la casa Profesa, y en eso de hacer saltar las cuerdas salen diestros. Pero cuando una *señorita* ha logrado destruir una obertura, oh! entónces ya se la proclama una

artista y se sube por las nubes su *ejecucion*, su *espresion* su *sentimentalismo*: entónces vienen tentaciones de creer uno en lo que cuentan de un señor Don Orfeo que en días pasados enternecía á los brutos con su *guitarra*, pues to que aquí una filarmónica vé á su alrededor asnos, pollos, leonas, chupamirto, y toda clase de bestezuelas, desde el viejo mas raquítico y enfermizo que apénas puede sostener su armazón hasta el almidonado estudiante que de admirador del arte, se convierte en apasionado de la artista.

Ahora, todos estos genios músicos se prueban recíprocamente y por espíritu de corporación, el alto concepto en que se tienen, salvo sin embargo cuando son dos muchachas que estan cameladas por un mismo individuo, y se llaman los unos á los otros Rossini, Bellini, Meyerbeer, Mozart, ó cuando ménos sus imitadores y las mas veces se hacen presentes de poca sustancia pero de mucho aparato porque tal día cantó con la mayor tenura *O bel' alma innamorata*, haciendo llorar al auditorio, aunque todavia no está bien averiguado si las lágrimas fueron de sentimiento ó de desesperación. En cambio de esos mútuos agasajos que se hacen los apasionados de la música, reparten á todos los profanos y muy principalmente á los de la vecindad el mas horrible fastidio, el tormento mas cruel que una criatura puede sufrir. Por que en sus horas de estudio ó de ejercicio bien puede un infeliz matarse pero no conseguirá conciliar el sueño así tenga grave necesidad de restaurar la desvelada que tuvo la noche anterior ocasionada por un cólico. En ese momento no podrá un pobre chico dormir, ni un enfermo descansar, ni una gente nerviosa dejar de padecer.

Entregadas á la dulce ocupación de pulsar el teclado de su piano ó haciendo ejercicio de vocalizaciones, turban el reposo del infeliz autor que vive de los productos de su pluma, sin que maldita la inspiración que no se espante con aquel estruendo musical que repite el do, re,

mí, fa. sol, hasta aturdir una estatua de bronce. Soba por método, y no es extraño que metódicamente mueva al prójimo quien posee los métodos de Albenis Lemoine, Hüren y cuantas mas se han escrito para acabar con la paciencia de un cristiano. Y si cansada de tantos bemoles y sostenidos, te tomas un día el trabajo de suplicarla uno de estos perseguidores de todo el género humano que modere su entusiasmo mientras acaba de agonizar un enfermo que tienes, te contestará que está en su derecho y no puede prescindir de hacer lo que guste en su casa, y tendrás que conformarte con semejante respuesta, y esperar á que se dé una ley represiva de pianos, así como la hay de la prensa, que si esta ofende á alguno, aquellos ofenden á todos; ó que compadecido el jefe del ejército de los padecimientos de tantos desdichados, disponga que todos los ejercicios, incluso los de música, se verifiquen fuera de poblado.

Una vezidad de esa naturaleza, ya comprenderás cuán funesta debe ser á toda alma viviente, mucho mas si como de ordinario allí tienen lugar las tertulias de los *dilettanti*, y en cuyas reuniones no pocas veces se improvisa un baile casero, ó se verifican las *soirées musicales*, que de una ú otra manera siempre se congregarán una docena de primos, cuatro cuñadas, ocho tías y doscientos músicos; y semejante batahola, y tamaño confusión de gritos y de aplausos arrancados por una granizada de arpegios y otra de octavas cromáticas, y la charla y el ruido que ocasionan las redowas y las varsovianas, los coros y las plegarias, son únicamente comparables en lo pernicioso de su vecindad á la república vecina que tanto nos amaga desalojar de donde vivimos.

Y esto no tiene remedio porque el furor por la música se estiende como manteca en el sol, y va cundiendo en esto que se llama alta sociedad, como el pecado primitivo de padres á hijos, y ya hoy todo se dice cantando, y

ni en la calle se libra uno de encontrar á una que talaras con maldita de Dios la gracia una aria de Attila, un final de Hernani, un coro de los Puritanos, ó la plegaria de Traviata que está en moda tanto como las erinolinas y los tacones. Ni creas que solo esa manía se estiende á los hijos de Adán, que echando á la espalda la vergüenza atraviesan las calles, el portal y la plaza cantando como unas urracas y echando compaces como bendiciones episcopales; tambien las hijas de Eva han empezado á lucir su genio musical en las calles, quizá por no serles bastante el atarantar á la vecindad con su gorgoros.

Si estás hablando con ellos ó con ellas, además de atardirte con los términos mas filarmónicos que poseen en abundancia y de citar á todas las notabilidades del ramo, cuando mecos lo esperas te están platicando en clave de *fa*, y pasan á la de *sol* y te dejan pásmada con un calderon, y si te distraes tantito te regalan un *da capo* que te hace bostezar, eso sin contar con los versos italianos que te espetan, y sin hacer mención de que convierten tu espalda y tus piernas en un teclado que recorren con la mayor rapidez y desembarazo, porque para tales gentes es *dolce* darte á conocer que son *capaces di trovare e di cantare un albegro* que al llegar al fin *va decrescendo con ecprezione* al y con *mestiza*, prueba incontestable de que son unos músicos acabados.

Por hablarte de estos personajes, me habia olvidado del concierto de Stromboni. En él no hubo cosa mas notable sino que despues de haber reventado las cuatro cuerdas de un violin, rompido seis llaves de una flauta y saltado diez y siete cuerdas del piano, todos los y las que cantaron estaban tan roncos como un cuerno de caza, y fué necesario que uno de los doctores de Paris propinara lamedores y pastillas para corregir el mal. Mucho gritaron; pero tambien, mucho fueron aplaudidos, porque no tanto se estimaban las modulaciones de la

garganta cuanto los inauditos esfuerzos de los pulmones; de donde colegí que el frutero que mas grita sus mercancías es el mas bien organizado para arrancar aplausos en el canto, y el que dá mas recio sobre el instrumento es el mas apropiado para la música.

A dios, Bibiana. Pídele al cielo que tus pulmones se robustezcan aun mas de lo que estan, y que los porrazos que das con tus pesadas manos sean mas contundentes de lo que ahora son: quien sabe si estás llamada á ser un día la admiracion de la corte por tus gritos desafortados y tu fuerte manoteo sobre las teclas de un piano. Esas son cosas que nadie puede saber por ahora, porque el tiempo de los profetas se acabó; pero atendida la *escala y estension de tu voz* y lo recio de tus puños mucho espero de tí. Ya verémos.—*Tu Caralampio.*

Méjico 22 de Marzo de 1859.

Mi cara y muy cara muger: Si buenos milagros hice, buenos dineros me cuesta. Si mucho has sacudido tu batueca ignorancia, buenos trabajos y fatigas me ha echado á cuestas para poder pulir tu cacúmen, y ponerte al tanto de los usos y costumbres de la corte. Nunca presumí querida que mi deseo de domesticarte fuera tan eficaz para abrirte el apetito, como lo ha hecho, de saber hasta sus mas pequeños ápices todo lo que pertenece, toca y atañe á la cultura y civilizacion de este país. Pero como ya te consideras *in via* de ser tambien leona, hace empeñado la negra honrilla en que no seas ménos que las demas; hases bien, hija mia: vale que no es señor el que nace, sino el que lo sabe ser; y yo espe-

ro que con tu instinto mug-ril, magüer que labriego, pronto podrás competir con las encumbradas señoras, á lo ménos en maneras, ya que no sea posible en lujo, por que no basten los fondos que tu sabes para seguir paso á paso la corriente demasiado rápida de la moda.

Pero no importa: mis cálculos financieros son bastante aproximados, y ellos me dicen que con cuatro ó cinco mil duros al año pasaremos una vida medianamente *fashionable*. ¡Ojalá te parece mucho! Pues sábetelo que apenas tendremos con esa suma una casa que no será por cierto de la primera clase. Convengo en que nos arruinaremos; pero también será preciso que convengas en que eso es de un tono eminentemente civilizado. Vivir en Méjico y gastar lo que se tiene! Eso lo hacé cualquier batueco en cuyo majín no ha tenido entrada, no digo el torrente pero ni siquiera un hilo de civilización. Gastar mas de lo que se tiene, es en lo que consiste el gran secreto de llegar al pináculo de la gloria, al templo de la inmortalidad por el camino de la elegancia.

Yo he nacido sin contradicción para vivir en la corte, y cuento como perdidos los años que he vegetado en aquellos remotos países. Porque aquella vida que por allá llevamos, ahora conozco que es soberanamente salvaje. ¿Dónde ha de guardar comparación el levantarse con la luz del día, correr á la primera misa, volver á desayunarse á paso veloz, irse luego á sudar la gota gorda por aquella maldición que nos dejó en herencia el tatarabuelo Adán, la cual, sea dicho de paso, habria yo aceptado con beneficio de inventarios, hablo de la condicion de comer el pan á costa de escarbar la tierra; ¡qué comparación guarda, digo, con la vida descansada que se disfruta en la corte? Aquí, si á la media noche sonaran las diez de la mañana, á esa hora se levantarían todos ó los mas: aquí solo se va á misa los domingos y otros dias de fiesta: aquí solo van al trabajo los imbéciles que no tienen otros recursos, y aun

esos llegan á la oficina, y fuman ántes un habano del mejor sabor, platican un poco, echan su retazo de crónica, y se marchan á almorzar. Algunas veces vuelven, principalmente si hay prorrateos ó cosa parecida, y sin mas requisito se van á descansar de las penosísimas tareas que les impone su empleo. Si no son hombres de oficina, luego que el chocolate ha sido inhumado en sus benditos vientres, van á recojer y á dar noticias al atrio de Catedral, que es la puerta del sol de Madrid, ó lo que es lo mismo, la redaccion de una gaceta permanente, de donde salen todas las consejas políticas del dia. Pasan allí lo que falta de mañana: se van á restaurar sus agotadas fuerzas con suculentas viandas, duermen una siesta de tres horas, dan su vuelta en el paseo, tienen su rato de tertulia y duermen como unos abades, sin que los inquiete otra cosa. ¡Oh, terque, quaterque beati! Bienaventurados ellos porque ni padecen hambre ni sufren sed; pues su boca les ha sido medida, y viven con mas holgura que un reverendo jubilado. No tiene duda: Méjico, esta hermosa perla de la América es el *Auxilium christianorum*, y casi, casi aun de los paganos.

Considera pues si para llevar esa vida sibarita he andado muy amplio al calcular que con los consabidos cuatro ó cinco mil, estariamos tal cual! Porque debemos de luego á luego buscar una casa en lo mas aristocrático de la ciudad: la renta que paguemos, mientras mas crecida mejor. Debemos en seguida hacer que Croisé nos la amueble y tapice á la última moda; y con tal que él diga que las sillas y confidentes son acabaditos de llegar, nada importa que los hayan sacado de la recién-temente estinguida casa de M.*; y de ese modo no miente, porque en efecto acaban de llegar á su almacén. Debemos tener un criado que diga que no estamos visitables, el dia que queremos ser groseros y no recibir á nuestros amigos: otro para que anuncie con todos sus nombres, títulos y condecoraciones á los que nos visitan el dia que

tengamos la condescendencia de dejarnos ver: otro para que no haga nada: otro para que ayude al anterior, y otros dos ó tres para lo que se ofrezca, que vienen á ser como los diputados suplentes de los diputados que no asisten al congreso. En cuanto á criadas, hay necesidad de tener muchas y bonitas: esta segunda circunstancia para que no causen desagrado á nuestras visitas cotidianas. Despues de eso necesitamos vestidos propios para levantarnos, otros esclusivamente para la mañana, otros para comer, otros para ir al teatro y otros para dormir. Nuestra mesa debe ser ademas, de esquisita, abundante: porque aunque somos tú y yo solos, puede haber ocho ó diez convidados, y no seria justo que se quedaran tocando tabletas. La comida se ha de traer de la mejor fonda, porque el olor de la manteca y de la cebolla causaria náuseas á nuestros tertulianos. Y las criadas ¿para qué sirven entónces? te dirás para tus adentros ó afueras.—Las criadas nija mia, sirven para aumentar nuestro lujo, para predicar nuestro tono, y acaso, acaso para que una nos lleve un vaso de agua, otra una lumbre, otra un pañuelo.

Para ponerte á nivel de las reinas de la elegancia, debes procurar entre otras muchas cosas el tener un perrito que no haga mas bulto que tu pañuelo de seda, y aun cuando para nada te vuelves á acordar de tu Caralampio ó de tus hijos, si por desgracia los tienes á tu lado, porque siempre deben ser pupilos ó ir á educarse á Francia; aun cuando ni á ellos ni á mí nos hagas una sola caricia, sí debes prodigárselas, muy frecuentes, muy tiernas, muy cordiales, á tu hermoso Jazmin, ó Black, ó Oswaldo, y lo has de traer contigo aun mas asiduamente que tu libro de devociones. Debes frecuentar la escuela de esgrima: tirar con desenfado la pistola hasta escribir tu nombre en la placa: montar á caballo como húzar, y si es preciso, jugar al villar como un *estudiante salante*. En cuanto á las labores femeninas lo ma,

que te permitirás hacer es llevar en el bolsillo una elegante aguja de gancho, porque esa es la *ociosidad del buen tono*, y el entretenimiento de una completa dama de la corte.

De vez en cuando debemos dar un baile con su correspondiente *ambigú*, el cual todos criticarán pero enguyéndoselo sin piedad. Debemos en ciertas temporadas ir á pasar la estacion á Tacubaya ó Mixcoac, porque está probado científicamente que ese temperamento es benigno para la aristocracia, y allí hay que pasar el tiempo en dias de campo y paseos que sirven admirablemente para recobrar un apetito que no hemos perdido.

Como puede suceder que cuando volvamos del campo ya nuestros muebles no sean de la moda reinante, es preciso llamar al tapicero y pedirle un renuevo dándole los nuestros y la indemnizacion correspondiente. Aquí, en este caso, acontecen dos cosas que debes notar cuidadosamente: sea la primera que los sofás, sillas y demas cachivaches que recibimos, son los que han estado sirviendo bajo diferentes formas hace veinte años en diversas casas y bajo distintos dueños: solo han cambiado de figura y de color á guisa de políticos equilibristas: sea la segunda, que la indemnizacion que damos al tapicero, es el valor ó cuasi de los muebles que recibimos, y en eso nos parecemos á los economistas, que adoptamos teorías que nos arruinan por su gravámen.

Otra de las grandes exigencias del gran tono es abonarse en uno ó dos teatros; y tener allí un palco que las mas veces no se ocupa, y que sirve sin embargo para mantener en toda su fuerza el justamente adquirido nombre de elegante: los periódicos todos, aun cuando no se lean deben de ir á la casa, muy principalmente los que vengan del extranjero, porque la admiracion por todo lo de *ultramar* debe ser como el sello misterioso que

el ángel del Apocalípsi puso en la frente de los elegidos; y mientras mas se ensalze lo de Inglaterra y Francia, y sobre todo lo de la culta, la civilizada Francia, y es de prima y desprecie lo del país, mejor; el gusto esqui-isto, el fino tacto, el conocimiento perfecto de lo bueno y excelente es mas pronunciado, mas incontestable.

Si debemos seguir las faces de la moda en cuanto á los adornos de la casa ¿qué será en cuanto á los atavíos de nuestras personas? Y esto es consiguiente, porque sería un verdadero fenómeno de anacronismo que se reflejaran en los magníficos espejos de nuestra habitación la figura de unos seres vestidos á la moda de hace un mes: que nuestros zapatos de punta trozada se hundieran entre la belluda alfombra, cuando esta reclama imperiosamente ser estrujada por zapatos rusos; que estan en boga. No señor: para eso debo yo tener mi zapatero de nombre, y tú una modista de fama, para que seamos los primeros en gastar las fresquesitas modas de París; y las llamo fresquesitas, porque todavía llegan aquí chorreando la agua del mar; no porque seamos tan felices que de allá nos envíen lo que actualmente se usa; pues bastante hacen con darnos por nuestro dinero lo que sobró el año pasado.

Ya parece que te veo hacer una mueca de desagrado, creyendo que vas á tener mucho que coser; pero consuélate, hija mia; porque sería de pésimo tono que tú te ocuparas en tan inóviles tareas. Para eso tienes ahí á la bien acreditada Cecilia, á la no ménos famosa Celina, que mediante algunos centenares de monedas te quitarán hasta el trabajo de poner un botón á la camisa de tu querido consorte.—¿Pero y el lavado!—*Vade retro*: tú, una dama elegante y de buen tono, ocuparte en eso? ¡jamás. Todo el mundo alzaría el grito contra ese crimen de lesa-elegancia. A dónde iríamos á parar? De qué servirían entónces esas grandes lavanderías francesas que ya con agua, ya con vapor te dejan la ropa en un

santiamen como una bola de nieve. Vaya! si en esta tierra de promision; tienes un deseo, cualquiera que sea, una necesidad del tamaño que quieras, abres la boca, y tus necesidades y tus deseos quedan en el acto satisfechos, *propter retributionem* se entiende; pero quién se para en pelillos?

Sin entrar en los gastos superiores, como de una elegante y bien acabada calea, unos caballos rivales del de la estatua de Carlos IV y otras cosas así, que serian de mucho lujo, y reduciéndonos á esa pequeña esfera, ya considerarás que apénas nos bastarian las cinco taguillas de que te hablé. Pero no te he mencionado mas que lo *indispensable*, no he llegado todavía á lo superfluo.

Luego, en Méjico todos son capitalistas: luego allí han encontrado la maravillosa lámpara de Aladino, todos los bienaventurados mortales que viven en ese mágica ciudad.—Tienes, muger unas cosas que revelan desde á una legua tus batuecas entendederas. No señora, no todos son ricos pero todos quieren parecerlo; no todos tienen para esos gastos; pero el hecho es que los hacen; y contra hechos no hay argumentos. El empleado que gana quinientos pesos al año gasta mil, y el que gana mil gasta el doble, y no porque tengan sobre sueldos, porque casi siempre están á racion de hambre, á media paga; pero la civilizacion exige que deban mucho, que gasten mas, y que luzcan lo mejor. El buen tono pide que en lugar de una cosa *necesaria* se compre una que no lo es tanto, pero que es de moda. Cuando ya nadie quiere fiar; cuando el crédito ha fallecido, se le van á hacer los funerales á un barrio oscuro é ignorado donde no se vuelve á hablar de la pasada gloria que se ha desvanecido como el humo de la estopa.

Allí, en medio de otro mundo se sigue desempeñando un papel tambien brillante relativamente, y se deslumbra á los vecinos con los restos de una pasada grandeza,

que pudieron salvarse de un naufragio en el monteplio; y aunque mas en pequeño, siempre se sigue siendo persona de buen tono. Ahora, los que tienen inteligencia y buen tino para aprovechar algunos negocitos que se presentan, sacan una utilidad considerable que viene á dilatar su caída por unos tres ó cuatro años. Entónces el brillo de esos planetas es mas vivo, y aunque su ocaso sea objeto de mayor sensacion, siempre se olvida á poco tiempo; porque este es otro de los privilegios de esta tierra clásica, no insistir sobre una misma cosa. Si desaparece una familia consumida por el lujo, otra vendrá á sustituirla y llenará el vacío que aquella dejó; sus amigos echarán de ménos por dos dias todos los goces que su vanidad les proporcionaba; pero al volver una esquina ya estarán consolados, y aun irán á una casa donde se veía con cierta envidia el brillante esplendor de los difuntos, y allí entonarán sus honras fúnebres encontrando mil razones plausibles para una caída que ellos auxiliaron; y bien librados saldrán los pobres emigrados, si solamente les llaman imbéciles por haberse echado á vogar en un oceano tan tempestuoso sin las velas suficientes y sin el timón bien acondicionado.

Ya ves cuanto hemos progresado. Por allá arreglamos nuestros gastos á nuestros haberes; pero aquí hay mucho en que gastar fortunas colosales. ¿De parte de quién está la ventaja? Claro que de parte de la civilizacion; y buen tonto sería el que pudiendo venir á disfrutar tanta comodidad, tanta bienaventuranza, tuviera el mal gusto de enterrarse en vida en aquellos yermos, donde todavia de aquí á cincuenta años estarán tan batuecos como al presente. No, mi Bibiana; no retardemos nuestra felicidad: ve tratando de arreglar tu cofre, y pon en orden todas aquellas cosas que sean necesarias para el viaje. No vayas á cargar con una porcion de cosas que solo son propias de aquellos lugares; aquí todo se comprará esquisito, de gusto, todo de *estranjis*

aunque maldito si es tan útil y consistente como lo que por allá gastamos; pero por eso mismo es de mas mérito. No te duermas, pichona: aprovecha el tiempo, que yo á mi vez seguiré no perdiéndole para adquirir y comunicarte nuevas luces que alumbren tu, hasta ahora, obtuso, entendimiento.— *Caralampio*.

Méjico, 25 Marzo de 1859.

Mi pobre Bibiana: ¡Cuánto te compadezco cada día al verte sumida en aquellas ignorantísimas tierras, y privada de tanto bueno como en la corte se encierra. ¡Cómo deseo que llegue el momento en que, con aquellas letrazas que usas, me digas: ya voy en camino. Porque no tiene remedio: la corte nos llama, y solo dilatáremos en recibir sus benéficas luces, lo que dueres tú en acabar de domesticarte. Aprovechate pues, cordera para que de ese modo podamos dar un día de gloria á nuestra patria y ceñir nuestras sienes con la corona de la elegancia y del buen tono.

Ya sabes la vida que tal empresa demanda; pero lo que no sabes es todo lo que ántes se debe hacer para llegar á esos resultados; y ahora precisamente voy á ex-

plicártelo, á fin de que puedas hacerte cargo oportunamente de los pasos que nosotros, elegantes de nuevo cuño, tenemos que andar en este camino lleno de flores y de ramos.

Supongamos que hemos llegado á las puertas de la hermosa capital; para lo que fué indispensable tener que entendernos con nada ménos que treinta peajeros, que nos cobran por venir entre rocas y malezas: supongamos también que en la garita hemos tenido la fortuna de no ser registrados hasta entre el pellejo y debajo de la lengua, para averiguar si introducimos ó no un cargamento de contrabando: supongamos además que nuestra buena fortuna nos evitó el llamar la atención de la investigadora gente cortesana, que quiere hacer en nosotros un estudio formal y analítico de nuestras personas; porque hágote saber, que es tanto lo civilizado que están por esta tierra, que nada dejan pasar sin un detenido exámen, y lo mas insignificante que pueda ocurrir basta para reunir á cuantos van y vienen, y viéraslos abrir tantos ojos y tantas bocas, que es una bendición de Dios; supongamos en fin, que despues de conquistar palmo á palmo el terreno hemos llegado hasta la posada, y que hemos tenido la ventura de no sufrir menoscabo en los objetos de nuestro equipaje, los cuales, con nuestros individuos quedan por último empaquetados en la arca de cal y canto que en suerte nos tocó.

No te creo tan impaciente de palpar maravillas, que apenas llegados y aun no perdido el zarandéo con que te agazajó el pacífico animal que te trajo, ú olvidado el dulcísimo aporréo de la epigramática diligencia, quieras echarte por esos mundos de Dios, cargando á cuestras tu espoleadora curiosidad. No, señor: supongo, y muy bien, que tratarás de olvidar en el sueño los peligros y tropiezos que tuviste que vencer para llegar á esta tierra de promisión; y que al día siguiente, que para tí dilatará siglos, te endosas aquel hermosísimo vestido de *balsorina*

que figuró en primer término en mis regalos de boda, y al que hace honrosa compañía el *tápalo* de arco-fris con que fuiste tan galana á la parroquia. Hémos ya en la calle codeando y siendo codeados, pero... aguarda... ves que apenas empezamos nuestras escursiones y ya nos ha detenido el paso un objeto que embarga tu atención. ¿Qué es? me preguntas azorada.

Es una mole inmensa que camina hácia nosotros: tiene algo de fantástico; es un vestido negro que ocupa las terceras partes de la calle y una mantilla que va encima, y todo ello debe moverse por máquina, puesta que no se percibe quien pueda conducirle: el vestido camina dejando por el suelo un vestigio de su tránsito, y arrastrando entre sus pliegues cuanto se encuentra á su paso: mira, aun una piedra arrancada de su artificial alveolo va rodando como en una catarata entre ese inmenso almacén de ropa.—¡Ah muger asustadiza! nada de magia encontrarás en todo esto: no es mas que una de las leonas de que ántes te hablé.—¡Una leona? si no se le ven las fauces, ni la melena, ni... aguarda, que ya empiezo á distinguir, no precisamente garras, pero sí una mano que levanta un poco mas de lo necesario esa cauda que remolca tantos escombros... ah! si esta leona estuviera criada en las batuecas, no sabría manejar mejor la rienda de un potro. ¿Pero la cara? en dónde está la cara?—Tonta, va oculta en un tupido velo, aunque no tan tupido que no deje adivinar lo que hay de bueno, y no encubra lo que hay de malo. Va como los dulces que se cubren con tapaviandas, siendo una tentación constante para las moscas. En cuanto á la observación que haces del manejo de la rienda, te diré que alzan el vestido para no ensuciarlo.—Bien; pero si no quieren ensuciarlo para que lo usen tan largo que arrastra una cuarta?—Para levantar esa cuarta y enseñar por *necesidad* un pié prisionero en un estrecho botín; para que todos admiren lo bien acabado de los calzones; para que

todos puedan contar el número de enaguas de que la leona puede disponer.

Ademas, como hace tiempo que el ayuntamiento no está en fondos, no ha podido cubrir los gastos de limpieza de la ciudad; pero las leonas, amantes del buen nombre de esa corporación, y llevadas del espíritu de *pulcritud* en todo, viendo aquella pobreza se han encargado de barrer las calles y enjugar ciertas corrientes no muy limpias que frecuentemente se ven en las esquinas. Quiéren, con este rasgo de civismo conquistar el nombre de buenas ciudadanas que algunos legisladores les han negado en circunstancias demasiado importantes: quieren también dar una protección decidida á la industria, y por tanto procuran consumir enanto ántes lo que sus maridos ó padres ganan afansadamente, para de esa manera comprar mas y mejor.

Muy bien: todo eso es mouísimo; pero lo que sobre todo admira es la amabilidad con que va dulcemente departiendo con su inseparable consorte: bendito sea Dios que la civilización ha respetado la loable costumbre de que el marido sea el compañero constante de la muger, y no ha desterrado la ternura de los matrimonios. Porque ese buen mozo que va envuelto en el lindo *tápalo* es obsequioso, rendido, y de á legua se echa de ver que está recién casado.—No, Bibiana; no es marido de tan hermosa leona.—Pues entonces, será su hermano.—Tampoco.—Pues qué es?—Es un amante.—¡Zape! un amante?—Sí, muger; no te asustes; es un amante *platómico*; un adjunto de primera necesidad en el buen tono. Seria muy incivil, muy retrógrado que el marido se tomara el trabajo de pasear á la señora, de andar cosido á ella, de constituirse su sombra: no señor, el varón deja en plena libertad á la señora, para que corra por donde quiera sin su molesta compañía; y ella, en virtud de ese pacto, tácitamente formulado, puede elegir entre sus adúladores el que mas le venga en mientes para hacer-

lo su caballero, su satélite, su escudero.—Y él?—Quién el marido? Miralo, allá va desempeñando los oficios de su sustituto con otra señora, esposa de un amigo íntimo, porque en la buena sociedad hay deberes mutuos; y si otro se toma la molestia de cortejar á su mitad, él debe en justa retribucion, hacer al tanto por otro lado. No ves que si así no fuera, habria un desnivel asombroso, y unos cuantos llevarian las cargas, miéntras otros muchos descansaban á pierna suelta, libres de toda fatiga? Esas son mejoras positivas de la civilizacion.

Pero, ¡cuidado! ese par de elegantes pollos que á guisa de diptongo latino vienen de bracero formando una vistosa mancuernilla, pueden en su invariable carrera hacerte bailar como un trompo. No esperes que te den la acera, porque seria faltar á las leyes de la ilustrada etiqueta. Si es preciso que para darles paso te zambullas en el lodo, hazlo sin vacilar, porque á lo ménos tu pediluvio tendrá el mérito de voluntario, y no tendrás que ir rodando hasta en medio de la calle por el impulso que te comuniquen unas salientes rodillas ó unos agulosos codos. ¡No los ves? atropellan cuanto les impide de su inmutable curso: partidarios de la línea recta conocen obstáculo, y cualquiera que se les presentara vencerian sin trabajo. Si por casualidad eres tan torpe que no sepas ó no puedas evitar su choque, no esperes buenamente una disculpa caballerosa, ni que procuren evitar el cataclismo que te amenaza: oírás salir de sus rubios labios una redondísima imprecacion, y como si fueras ministro de hacienda sin crédito, y ellos agiotistas colados, auxiliarán poderosamente tu caída; y ellos seguirán impávidos sin hacer mas que reir de tu desgracia.

Allá viene otra pareja masculina: mira qué fuego en su conversacion, qué movimiento en sus manos, qué agitación en sus semblantes! Son políticos que van arreglando la marcha del gobierno; pero no solo el de la república, eso seria muy mezquino para sus inmensas co-

pacidades: Luis Napoleon es un niño de teta, á quien vendrian bien las lecciones de estos sapientísimos Licurgos. Y advierte con cuidado que aun están en la primavera de la vida, y sin embargo asombra su talento. ¡Qué será cuando sean mas grandecitos! Ya los oyes: la Europa está caducando y necesita regenerarse; pero no hay un hombre que domine la situacion, que dé curso al torrente de las ideas nuevas, las cuales traerán forzosamente la felicidad de los pueblos. Nada existe en el mundo que no necesite reformas: todo está envejecido, miéntras que todo demanda una innovacion completa. Por eso, ellos que son los apóstoles de esa *propaganda*, han comprendido que es antipolítico quitar el sombrero y dar pruebas de respeto á ese sacerdote venerable por su estado, su virtud y sus años, y ya vez como lo ven con desprecio y lo arrinconan contra una puerta á fin de que no les impida seguir tratando sus importantes asuntos. Pero, aguarda: suena una campanilla que anuncia que por ahí viene el sagrado viático: no hay cuidado; nuestros hombres marchan sin conmoverse, ostentando en la cabeza sus bien acabados sombreros, y en sus bocas su excelente regalia. No haya pena que ellos se descubran ó arrodillen, y dejen por un momento sus chimeneas siempre ardientes: eso se queda para la gente fanática y rancia: ellos son ilustrados y han dejado ya olvidadas las preocupaciones de antaño.

¡Ves ese coche que está parado á la puerta de ese rico almacén? ves en su interior dos hermosísimas damas que yacen recostadas como en un muelle *divan*? ves la traslacion inmensa de efectos que hay del almacén al coche? Pues no entiendas que van á mudar la casa, y que en lugar de cargadores ocupan ese blazonado carruaje para el transporte de las mercancías, cuyas cuidadoras sean las hermosas. No es mas que estas vienen á comprar un par de medias y unas varas de india; pero como solo la gente de pacotilla viene al comer-

cio á pié, y se entra de rondón á las tiendas, y hace su compra liza y llanamente, para distinguirse la elevada aristocracia, manda poner el coche, pone dentro á la vista algunas docenas de pesos, y en el cajon de mas nombre, (que los hay muy retumbantes) se hace alto con la seguridad de que en el momento se presentará el mas bien plantado y zalamero de los dependientes á recibir las órdenes de tan bellas compradoras. Estas preguntan con énfasis, con desenvoltura por una multitud de cosas, por lo mas nuevo, lo mas esquisito, que encierre el almacén: el servicial tendero va y viene, trae y lleva, encomia el hermoso dibujo de esta tela de Asia, sube por las nubes el tejido de aquel *moiré*; encarece la vivacidad de un gró, admira la calidad de aquel piqué de seda: es lo mejor que se conoce en Europa, y la reina de Inglaterra, y la emperatriz de Francia han pedido á las mismas fábricas una cosa semejante. ¡Qué elocuencia tan persuasiva! qué flores retóricas tan hermosas derraman los labios del vendedor á la vista de las brillantes águilas que con sus alas estendidas quieren emprender el vuelo, y no por cierto para el interior de la tienda, aunque bien lo apeteciera el encomiástico orador! Pero las desdénosas beldades nada encuentran de su gusto, no hay cosa que les agrade, y solamente fija su atención el par de medias que buscaban ó el extraño dibujo de la india que habían menester. El almacén todo sufrió un movimiento simultáneo, y para acabar con aquella confusión y volver al orden aquellas d'sembreadas mercancías, se necesitan dos horas largas. De esta tienda pasará el coche á la inmediata, y así se pasará revista mas escrupulosa y tan improductiva como las de comisario en el ejército.

Pero ¡qué reunion es esa que ocupa mas de media calle! Allí hay toda clase de tragés: desde la aristocrática levita, hasta la democrática frazada. Ah! es uno de esos objetos que frecuentemente atraen la atención de

los transeuntes. Es un discípulo de Baco á quien se empeña un diurno en dar posada, cumpliendo con las obras de misericordia, que aquel no quiere agradecer. Las instancias del uno y la resistencia del otro, han excitado vivamente la curiosidad de tan benévolo como ilustre público. Nota bien con cuánto interes siguen los espectadores las peripecias del drama: mira cuán dispuestos están todos aun á acompañar hasta su nueva mansion al desagradecido huesped: observa qué atención ponen al interesantísimo diálogo de ambos interlocutores. Jamas predicador alguno pudo lisonjearse de tener un auditorio tan circunspecto. Y este espectáculo como otro cualquiera de tan vital interes absorbe todas las miradas, toda la atención de los civilizados hijos de Méjico.

Pero, he aquí que por haber venido matando el tiempo con todo cuanto hemos encontrado al paso, hemos llegado un poco tarde al lugar de nuestro destino: Recuerda que salimos á surtirnos de varios indispensables para nuestra futura mansion; por consiguiente entraremos á este depósito de muebles finos que se nos presenta al paso. No te quejarás de que aquí no encuentras urbanidad y buenas maneras, porque como tu traje y el mio revelan un marchante de buena pasta y que no ha de hacer mucho consumo, casi somos imperceptibles al ojo conocedor y esperto del ilustre tapicero. Por eso no contesta á nuestro saludo sino protegiéndonos con una ligera inclinacion de cabeza, y nos deja estar en pié, y de muy mala gana nos enseña los objetos que le pedimos. Pero advierte el cambio que ha producido en sus facciones y en su lenguaje el elocuente sonido de ciertas monedas en mi bolsillo. Vayal somos unos parroquianos que ofrecemos una rica cosecha, y por tanto dignos de grandes atenciones. ¡Qué gusto tan esquisito tenemos en la eleccion de quanto preferimos! qué bien se ocha de ver que lo entendemos en eso de estimacion de